



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...
Ave María...(x3)
Gloria...

10ma Rosa: La Mentira

La vanidad y la soberbia no nos permiten ver las cosas como son, nos ocultan la verdad, para mostrarnos sólo lo que queremos ver.

La mentira no sólo es decir cosas falsas, sino que implica cualquier falta a la verdad. Si bien, hemos analizado que el mal en la historia entró por medio de la soberbia, la historia del pecado en el hombre tiene su origen en la mentira, en lo oculto. Cuando Adán y Eva pecaron, lo primero que hicieron fue esconderse (Cfr. Gn. 3, 8).

Ésta es la cuna del mal, donde está la raíz de todo, pues toda falta y pecado se origina en la mentira, en el hecho de esconder la verdad ya sea manipulándola, callando u ocultándola.

La verdad brilla por sí misma, en ella no cabe oscuridad. "*La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió*" (Jn. 1, 5). El momento en que el hombre rechazó la verdad, comenzó a caminar en un mundo de penumbra.

Para desarrollarse y crecer, el pecado necesita de esa oscuridad. Al mal no le gusta ser descubierto, por eso oculta, por eso miente, por eso al demonio se lo llama "padre de la mentira" (Jn. 8, 44). El momento en que ocultamos la verdad y no llevamos una vida transparente a los ojos de Dios y de los demás, abrimos la puerta a toda serie de pecados y faltas.

En cambio, si descubrimos la oscuridad y lo oculto como la raíz de la que proviene todo el mal que podemos pensar y cometer, podemos buscar las herramientas para terminar con ella. De este modo, cortando la raíz, se viene abajo todo el árbol y se termina de un solo golpe con el pecado que nos cubre.

El árbol es visible en su tronco, hojas y frutos, pero se alimenta a través de las raíces. Lo que se ve hacia afuera, es la vanidad, soberbia, gula, ira, pereza, etc. Pero todos estos pecados se alimentan de aquello que se calla, de lo que se oculta y no se saca a la luz.

Esto nos permite entender la importancia del sacramento de la confesión. No basta no sentirse perdonado por Dios, no basta confesar sólo con Él nuestras faltas. Al darnos el sacramento de la penitencia, nuestro Señor nos entregó la herramienta necesaria para arrancar de raíz la mentira que alimenta a todos los demás pecados. Porque cuando revelamos la verdad, cuando sacamos a la luz lo que somos, con toda la miseria que no queremos dejar al descubierto, nos deshacemos del origen de nuestros males.

Sabemos que la raíz puede volver a crecer una y otra vez. Apenas nos descuidamos, empieza a generar un tronco, a lanzar sus ramas y dar sombra con sus hojas. Por eso es necesario volver a confesarnos una y otra vez, cuantas veces sean necesarias.

Recuerdo con gratitud una ocasión en la que acudí a mi confesor por una falta concreta de la que me avergonzaba mucho. Tras recibir la absolución me aconsejó con cariño que “no sea tonta y no vuelva a caer”, pero ni bien llegué a casa, tropecé en la misma piedra y caí en el mismo pecado que acababa de confesar. Muy avergonzada regresé al confesionario al día siguiente. Cuando le conté al sacerdote que “había sido tonta y había vuelto a caer en lo mismo del día anterior”, me miró y con una sonrisa me dijo que no sabía de qué le estaba hablando, que lo que sea que le haya contado el día antes, lo había tirado a una gran pila de basura que quemó en presencia del Señor. Con esta lección comprendí que los pecados no se acumulan. En el momento en que pedimos perdón a Dios, Él en su misericordia los borra por completo de nuestro historial. De modo que, aunque caigamos mil veces, las mil veces nos estará esperando con el mismo amor que sólo busca que le entreguemos con sencillez aquello que queríamos ocultar.

Es por eso que jamás hay que jugar con la mentira, por pequeña que sea. No hay que dejar nada oculto ni obrar en oscuridad. No importa caer, la clave está en no confiarle nada al engaño, porque enterrar las cosas donde nadie las ve, es como poner en la tierra una semilla sin saber qué tipo de fruto va a dar. Si metemos las manos en la tierra, que sea siempre para desenterrar raíces y no para enterrar lo que más tarde nos puede condenar.

Vamos a entregar con esta rosa todas las acciones y pensamientos que a lo largo de nuestra vida hemos dejado ocultos, todas las mentiras y engaños, así como las veces en

Consagración 12 Rosas

que por pereza, soberbia o vanidad no hemos actuado de cara a la verdad.

ORACIÓN PARA PEDIR LA SINCERIDAD

Tú, María, eres Madre de la Luz, por eso tu vida fue sencilla y transparente, sin nada que ocultar. Hoy acudo a ti, para pedirte que me ayudes a alcanzar de tu Hijo la virtud de la sinceridad. Que mi vida sea siempre coherente; que mis actos los realice cara a Dios y a los hombres; que nunca oculte nada por miedo, temor o vergüenza.

No permitas que dialogue con el mal. No dejes nunca que me mueva a la sombra de la oscuridad ni que en mis actos haya engaño o poca rectitud de intención.

Hazme entender que Cristo es la verdad y que sólo en esa verdad puedo llegar a ser plenamente libre.

Libérame de todas las ataduras que me he causado al callar, al esconder o al torcer la verdad.

Concédeme una sincera contrición de corazón para que, en adelante, mis confesiones sean claras, concretas y profundas. Que nunca tema mostrarme como soy para alcanzar la misericordia del Padre.

Líbrame de toda mentira, hipocresía, vanidad o pereza que me alejen de mi propia realidad. Ayúdame a mirarme con los ojos con que me ve Dios.

Amén